DISCURSOS

LEÍDOS ANTE LA

REAL ACADEMIA DE BELLAS ARTES

DE

SAN FERNANDO

EN LA RECEPCION PÚBLICA

DEL EXCMO. SEÑOR

D. JOSÉ URIOSTE Y VELADA

EL DÍA 21 DE ABRIL DE 1901.

MADRID
ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO «SUCESORES DE RIVADENEYRA»
Paseo de San Vicente, número 20
—
1901

DISCURSOS

LEÍDOS ANTE LA

REAL ACADEMIA DE BELLAS ARTES

DE

SAN FERNANDO

EN LA RECEPCION PÚBLICA

DEL EXCMO. SEÑOR

D. JOSÉ URIOSTE Y VELADA

EL DÍA 21 DE ABRIL DE 1901.

MADRID
ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO «SUCESORES DE RIVADENEYRA»
Paseo de San Vicente, número 20
—
1901

DISCURSO

DEL

EXCMO. SR. D. JOSÉ URIOSTE Y VELADA

TEMA

LA CALLE BAJO SU ASPECTO ARTÍSTICO

SEÑORES:

Emoción inmensa embarga mi alma al verme entre vosotros y disfrutar el honor de dirigiros la palabra, llenando por completo mi espíritu dos sentimientos: el de la gratitud por la honrosa merced dispensada, y el de la más sana alegría por ver realizada la suprema aspiración de mi vida profesional.

En este solemne instante no debo ocultaros ninguna de las evoluciones de mi pensamiento, ni de las actuaciones de mi voluntad, explicándoos los móviles de mi ideal cumplido, y los que considero causa de vuestra benevolencia para conmigo.

Deslizáronse mis primeros años en la monumental Toledo, en la vieja ciudad, llena de bellezas de arte, y al alborear mi razón se despertó en el fondo de mi sér la vocación de la carrera que, niño aún, emprendí. Gusto y necesidad compartieron en la obra de adquirir los indispensables conocimientos y habilitarme en el ejercicio de aquélla. Muy joven también salí de la Escuela Superior de Madrid; dueño del ansiado título y lleno de fe y ardimien-

to, comencé la fatigosa labor, y en esa edad de nobles empeños soñé á veces ¿por qué no decirlo? con llegar algún día hasta esta docta Corporación.

Pasaron los años con rapidez vertiginosa, enfriaron entusiasmos, amortiguaron ilusiones, y en la ruda tarea del trabajo puse mucho por lograr lo que por su modestia entendí á mi alcance; nada, en virtud á lo contrario, por lo que seguía siendo la meta ambicionada. Por fenómeno fácil de comprender, en vez de percibirla cercana, la distinguía cada vez á mayor distancia, como si nunca pudiera del ensueño salir. La fe no me abandonó jamás; la esperanza por muchos años la tuve desvanecida.

Insignes maestros en las diferentes Bellas Artes, ilustres compañeros y condiscípulos queridísimos, en su parcial cariño y con sus apasionamientos me impusieron el admitir la posibilidad de obtener lo que, hombre maduro ya y dándome exacta cuenta de su elevación, por mí no hubiera intentado: hiciéronlo empeño suyo, y me obligaron á lo que nunca hubiera creído, á que lo fuera también mío.

Con igual sinceridad os diré por qué creo habéis condescendido á elegirme.

Al tender la vista hallo entre vosotros hombres eminentes, artistas ilustres, críticos eximios, glorias de la enseñanza, todos infatigables obreros del saber, todos fervientes mantenedores de las tradiciones artísticas de nuestra patria, todos entusiastas de cuanto en los nuevos vaciados de la vida social reviste aspecto de belleza y á su realización presta elementos más poderosos. En mí no habéis podido percibir más que entusiasmo por el Arte, trabajo no interrumpido, amor por la expansión de la competencia artística á hechos, cuestiones y esferas donde por múltiples

causas las Bellas Artes, debiendo ser mucho, apenas son algo. Esto, que de mi parte era cumplir un deber, lo habéis cotizado como mérito bastante para elevarme á vuestro nivel. ¿Qué mayor prueba de indulgencia?

Para corresponder á ella, y ya que otra cosa no pueda ofreceros, prometo suplir con un exceso de laboriosidad lo escaso de mis facultades, cooperando en la medida de mis fuerzas á vuestros asiduos trabajos, esfumándose mi personalidad en el fondo del cuadro á que vuestro brillante colorido artístico presta tan vigorosa entonación.

Como no hay dicha completa, la alegría que hoy experimento resulta amargada por tristísimo recuerdo.

Me habéis elegido para ocupar la vacante que produjo la muerte del Sr. D. Antonio Ruiz de Salces, varón probo y amigo cariñoso, cuya vida fué un modelo de trabajo incesante que lo elevó por la fuerza de su propio mérito desde las filas honrosas de los soldados de Ingenieros hasta el sillón de Catedrático y Académico.

Paréceme escuchar aún los sanos consejos de aquel hombre de complexión robusta, encorvado por el peso de los años y con una voz dulce, reflejo de un corazón de niño. Digno censor de esta Academia, en la que desempeñó su cargo de individuo de número durante veintiocho años, asistiendo á sus sesiones y emitiendo multitud de informes, su memoria vivirá siempre en la misma, así como en las aulas de nuestra Escuela.

Cumplir el precepto que el código académico establece para estas solemnidades será sencillo al que posea el hábito de empresas tales; pero resulta dificultad punto menos que insuperable al que, como yo, carece, no sólo de esa condición, sino también de las personalísimas que el estudio

asiduo y profundo y vuestra clara inteligencia os han dado.

Preocupación grande me produjo elegir tema digno de vosotros en el que pudiera ofreceros pensamiento propio. Desde luego mis aficiones, estudios é ideales me apartaron de aquellos de índole puramente histórico-crítica ó exclusivamente teórico-artísticos.

La investigación de los anales de la humanidad no me es familiar. El conocimiento de los orígenes y desenvolvimiento de las distintas manifestaciones, escuelas y estilos no lo considero agotado, á pesar de la frecuencia con que bajo diversos puntos de vista en esta y otras Corporaciones análogas del extranjero se ha estudiado con la profundidad prolija, erudición vastísima y saber envidiable de los que tan interesantes trabajos han realizado. Sin embargo, dar nuevas notas en tan recorrido campo exigiría preparación que, con independencia de las circunstancias arriba dichas, me han impedido efectuar obligaciones imperiosas que, coincidiendo con mi elección de Académico, han durado hasta hace bien poco. El tiempo de que he dispuesto para redactar el presente discurso ha sido muy escaso, y bajo el apremio de prórrogas que, haciendo mayor vuestra consideración, galantemente me habéis otorgado.

Después de vacilar mucho en la adopción de asunto, he creído que el carácter de esta Academia no es sólo el tradicional y conservador, sino también el de, acomodándose á los tiempos é inspirándose en la ley del progreso, procurar la expansión del sentimiento estético en las multitudes; que, al democratizarse los Estados y al ir recabando los ciudadanos el ejercicio de sus derechos civiles y políticos, es necesario que las clases directoras se dediquen á difundir entre las masas aquel aspecto de la verdad eter-

na que se llama Arte, porque la ignorancia artística, revelada de cien maneras distintas, produce una dureza de costumbres y una desarmonía en las relaciones sociales, á la que urge poner eficaz remedio.

En la calle, más que en época alguna, viven hoy los pueblos. La emigración, no interrumpida desde hace un siglo, del campo á la ciudad, la comunicación más constante entre ambos, el engrandecimiento prodigioso de la industria fabril, el desarrollo del comercio en sus diferentes ramos, el aumento de medios de circulación y transporte, los descubrimientos que en los cien años últimos cambiaron el modo de vivir, acrecentaron la riqueza é imprimieron actividad extraordinaria en todo, hasta en el andar del hombre en las grandes poblaciones, demuestran una vez más que la vida se hace en el exterior y que la calle es la arteria por donde circula sangre nueva que da calor, impulso, energía para hacer caminar adelante la nación que, cumpliendo la ley providencial, trabaja y produce.

Voy á ocuparme, pues, de la *calle*, bajo el punto de vista artístico.

La calle es la más externa de las manifestaciones de la vida de un pueblo: resultante de clima, riqueza, cultura, sentimientos y carácter del mismo; lo que por ello le da tipo, color, distinción; lo que le determina, singulariza y califica de alegre ó triste, activo ó perezoso, culto ó atrasado, rico ó pobre, higiénico ó insalubre, comercial ó fabril, aristócrata, militar ó democrático, de la costa ó del interior, de una ú otra zona, de este ó aquel continente, de unas ú otras religiones.

En la calle estudiamos la arquitectura monumental, la

civil, privada y religiosa, las artes aplicadas, las estatuas, los parques, el movimiento, riqueza y adelanto de las grandes ciudades, las costumbres, educación y los trajes de sus habitantes; en suma, todo cuanto contribuye á dar perfecta idea de un pueblo.

Esto explica hasta cierto punto el que Regamey afirmase en el Congreso de Arte público celebrado en Bruselas en 1898, que el espectáculo de la calle es una enseñanza más eficaz que todos los cursos y todos los museos.

Defínese en nuestro idioma la calle como camino público entre dos filas de casas. Es evidente que el clima, emplazamiento, perspectiva, subsuelo, longitud y latitud son, con el suelo y los edificios, elementos principales integrantes de la calle, los que pudieran llamarse estáticos; pero no debe preterirse cuanto con mayor ó menor circunstancialidad en esos lechos por donde van las corrientes de la vida urbana existe para el servicio que su mayor ó menor complejidad requiere y lo que motiva y justifica su existencia, masa de población que no interrumpidamente circula; elementos de animación, de movimiento, de carácter dinámico.

¿Cabe que el Arte abandone tan interesantes manifestaciones de la vida social? ¿Faltarán los pueblos al principio instintivo de realizar la belleza doquiera su expresión resulte posible? No. Antes que el pudor, surge en el hombre la exigencia de satisfacer la necesidad de lo bello. ¿No van hoy algunos pueblos, que allá en la zona tórrida son testimonio irrecusable de las tristezas del salvajismo, desnudos, y, sin embargo, con tatuage doloroso graban su cuerpo, buscando, antes que el tejido que ponga á cubierto parte de su desnudez, jugos en las plantas que den color á las

líneas trazadas en su cara y dorso, imitando animales ó frutos de los que para su gusto merecen admiración? ¿No adornan sus cabañas con trofeos de la caza ó de la pesca? ¿Cómo, pues, ese innato sentimiento consubstancial en nuestro sér ha de desvanecerse á compás que se adelante en el progreso? Pero si esencialmente el Arte con sus cánones rige toda obra humana, por muchas causas, prescindiendo de desarrollos históricos, examinando la situación presente, es dable aseverar que las premuras impuestas por lo económico, sentidas de manera casi igual en las naciones que en su adelanto no están entre sí muy distanciadas, han producido un efecto idéntico, el de, si no prescindir de las reglas de lo bello, considerarlas al menos como asunto secundario.

El cosmopolitismo industrial invadió la construcción particular, la edificación de las ciudades, y al engendrarse ó desenvolverse éstas por móviles exclusivamente industriales, los hombres que por hacer fortuna no tuvieron tiempo de rendir culto á otro dios que no fuera el interés, construyeron las casas-cuarteles, típicas de la era transformadora de nuestro tiempo, grandes líneas de muros llenos de espacios rectangulares para dar luz y aire á las habitaciones.

Hacía falta, de cualquier manera, satisfacer la necesidad de alojamiento, y de cualquier modo también se remató la obra.

Los poderosos del día en su juventud fueron en su mayoría gente necesitada; lucharon en la ruda batalla de la existencia y obtuvieron pingüe resultado. Cuando tratan de demostrarlo no piden arte, no están preparados para sus exquisiteces; imponen fausto ridículo; su gusto, que no

ha pasado de la infancia, reclama abigarramientos; á lo más, la comodidad del interior, apariencias de riqueza en lo exterior.

La evolución política y social en que vivimos, la ineducación de las clases directoras en punto de arte, pues siendo lo económico categoría social lo ha llegado á ser política, influye tan poderosamente como lo enseñan los trazados en cuadrícula de algunas ciudades modernas.

Debe tenerse por indudable que en la transformación de que somos espectadores, la sociedad, después de reaccionar restaurando el imperio de escuelas que pudieran suponerse sumidas en el abismo del olvido, utilizando armónicamente los más preciados elementos que ofrecen para la satisfacción de las necesidades por aquélla sentida, indicará asuntos nuevos, vislumbrará ideales en que se encuentren realizados más totalmente que hasta aquí los eternos principios del Arte; pero ¿no es imperativo categórico para nosotros el conspirar con el fin de que ese anhelado día logremos verlo cuanto antes?

Si la riqueza ha de ser compañera inspiradora del genio; si la cultura de la filosofía, de la política, de la ciencia, en una palabra, ha de acompañar y excitar al arte, haciendo poderoso al pueblo, como lo fué Grecia, como lo fué Roma, como más tarde Pisa, Florencia y Venecia nos lo recuerdan en sus hermosos monumentos, como Alemania é Inglaterra, cual Norte-América hoy lo son, ¿cómo no entender obra necesitada de la colaboración de los hombres ilustrados la de democratizar el Arte, extender el imperio de lo bello á aquellas más populares expresiones de la existencia?

Pueblo que logre crearse una atmósfera, un medio de

desarrollo inspirado en el respeto á la belleza, será un pueblo culto, cumplidor de la ley, trabajador, digno del disfrute de los derechos de la soberanía, próspero y rico; porque en su labor mirará el bien, compañero de lo útil, mirará lo bello, aspecto artístico de la verdad.

No es el clima indiferente á la expresión del Arte en la calle. El calor, la humedad, el frío, la sequía, combinados con la altitud sobre el mar, con los vientos tórridos ó glaciales, imponen unas ú otras construcciones, unos ú otros coloridos en pavimentos y fachadas, en el sistema de huecos y sus cierres, en la orientación de casas y calles. Ridículo es prescindir de tan potente condición en el estudio de éstas. Su imperio se demuestra con el prematuro envejecimiento de edificios, con la patina de suciedad de su conjunto. El espíritu imitativo de los tiempos contemporáneos lleva á reproducir tipos de calle exóticos, que luego resultan de imposible adaptación al medio. El artista debe ser oído para elegir los tipos de calle y casas que en cada región se impongan, y con tanto motivo y más, si cabe, para determinar los materiales que se utilicen en solados de aquéllas, y labra de sus construcciones. Tan perecederas é incomprensibles resultan en los climas duros de la montaña, en que la nieve cae abundantemente, ó en las costas donde la lluvia no cesa durante meses, las edificaciones de tonos claros, coronadas por azoteas, como en las costas levantinas las viviendas enmohecidas, negruzcas, de cubiertas altas y pendientes, á semejanza de las del Norte de Alemania, Holanda ó Suiza.

Poco más de medio siglo cuenta de vida el grandioso edificio del Parlamento de Londres, y aparecen en muchos sitios de sus fachadas corroídas y descompuestas sus pie-

dras por los estragos del clima y los vapores disueltos en la atmósfera.

La belleza se da en cada zona con distinta nota, pero constantemente guardando relación con las circunstancias climatológicas. El artista ha de lograr se atemperen las construcciones á esas materiales exigencias.

La orientación y emplazamiento de una calle no es, ni mucho menos, indiferente. ¿Quién no ha oído declarar simpática ó antipática alguna de las vías públicas más conocidas, atendiendo á aquellos dos factores? La influencia de la luz, del modo de herir los rayos solares, de la configuración del terreno, la hermosura de anchas y rectas avenidas ó de calles en ziszás, según se trate de arterias principales ó de las que lo son menos, de planicies ó de pendientes, no puede desconocerse. La uniformidad monótona de las calles con patrón, y que hasta para manifestar su igualdad se diferencian sólo por un número, es negación de arte que á todo trance conviene evitar. En buen hora sean rectas y lo más horizontales posibles, vías en que el movimiento fabril, industrial se ejercite; que representen lo estratégico de la actividad económica para la producción ó el comercio; pero no existiendo esas precisiones, las calles donde moren gentes acomodadas, en que la casa linde con el hotel, el jardín con las medianerías, ahí bien pueden utilizarse suaves pendientes. Para la construcción monumental, en todas sus categorías, orientación y emplazamiento son requisitos indispensables. ¿Quién de vosotros no ha podido apreciar las ventajas de la orientación del Louvre, las del emplazamiento del Palacio Real de Madrid ó del de Justicia de Bruselas, y las desventajas del que tiene para llegar hasta ella la monumental

iglesia de Montmartre, y bajo otros respectos, las estaciones de nuestros ferrocarriles en Madrid? Desde los materiales que integran los edificios hasta la elevación del conjunto de la masa construída, sin descontar su decoración exterior, todo se encuentra influído por esas dos naturales circunstancias. Su estudio y consideración, tan frecuentemente descuidado, es motivo de deslucimiento de verdaderas creaciones, á que puede servir de ejemplo la implantación de algunas de nuestras antiguas catedrales.

Unido con los anteriores elementos naturales va la perspectiva. Difícil es, en la mayoría de las ocasiones, aun tratándose del trazado de nuevas calles, lograr condiciones recomendables bajo este punto de vista; cosa más fácil de conseguir para la totalidad de una población. La perspectiva tiene derecho á integrar el heterogéneo conjunto de cuestiones artísticas á resolver en las grandiosas avenidas de las poblaciones que por el número de sus habitantes, riqueza y movimiento merecen amplias vías de comunicación. La universalmente elogiada perspectiva de la avenida de la Ópera, de la plaza de la Concordia, de los Campos Elíseos en París, de la avenida Luisa en Bruselas, la más modesta de nuestra calle de Alcalá, la típica de la plaza de San Marcos en Venecia, y la tan hermosa de la plaza del Comercio en Lisboa, enseñan lo que influye para el lucimiento de las bellezas arquitectónicas. Tuviera la célebre plaza de San Pedro en Roma, un fondo más abierto frente á la entrada del colosal circuito, una gran vía que penetrara recta, centrada con la basílica al interior de la Ciudad Eterna, y otra sería la impresión que aquel exterior de la Iglesia Primada del mundo produce en el que por primera vez la contempla. Por algo artístico,

junto con otras causas, las poblaciones que al lado del mar y de los grandes ríos se fundan, van luego alejándose, ganando puntos de vista, perspectivas en sus calles. Tal vez á la que ofrecen las de Mónaco y Monte-Carlo, las de Menton y Cannes, se debe haya fijado el placer y la higiene, respectivamente, su sede en ellas.

Es el subsuelo, donde han de penetrar las raíces de esas grandes construcciones que, colocadas á ambos lados del camino, lo convierten en calle. En apariencia, escapa de la jurisdicción artística. Observado atentamente, pronto el convencimiento contrario se establece. La composición geológica favorece ó dificulta, consiente perduren ó hace se destruyan las obras de arte. Impone géneros de construcción, procedimientos, empleo de substancias, determinación de vida para las poblaciones. Nos hace pensar en los móviles que condujeron, entre otros pueblos, á los que en la edad prehistórica habitaron los territorios de la actual República Helvética á levantar sobre complicado pilotaje sus ciudades lacustres. Las fangosas lagunas, en comunicación con el Adriático, sirvieron de base á la fundación y defensa de la orgullosa Venecia. Sus construcciones, al borde de las calles de agua, que llaman ríos, admiran, por lo exentas de humedad, al que no conozca las propiedades de las puzzolanas. Sin la composición del subsuelo de la campiña Romana, ¿cómo explicar sus construcciones de la época clásica? ¿Cómo las extensas é incomparables, bajo todos los aspectos, catacumbas que circundaron, y aun circundan, con recorrido de muchos kilómetros á la que en la antigüedad fué capital del Imperio de Occidente? Cuando el subsuelo se conmueve por la violencia de los movimientos cósmicos, cual ocurre en el Archipiélago filipino, ¿puede

soñarse con tales clases de construcciones? Recórrase la capital del Reino lusitano, y, como origen de muchas de las que llaman la atención, se hallará el terremoto que sufrió en el siglo XVIII.

Dejando de lado lo que en ese aspecto la cuestión ofrece para el artista, que con las citas hechas queda demostrado cómo el genio, aun en tiempos más remotos, ha sabido dominar los inconvenientes de naturaleza aprovechándolos para dar á unas lagunas el tinte tristemente poético y bello de la que fué reina del Adriático, el subsuelo ofrece ocasión para el ejercicio de la estética, bajo dos distintos respectos. Es el primero el de las obras difíciles, costosas, arriesgadas, que su aprovechamiento para el servicio urbano requiere. Es el otro el de la instauración de esos mismos servicios. Durante siglos, y como en Roma imperial, el subsuelo urbano era horadado, canalizado casi exclusivamente para desagüe de las materias sobrantes, desintegradas por el organismo humano que en las ciudades vivía, para la conducción de aguas ó acueductos subterráneos. En las poblaciones modernas, la acumulación de personas y cosas en las calles, la densidad y cuantía de la circulación de ambas, junto con la rapidez siempre creciente que las necesidades y los medios logrados para aquietarlas producen, han engendrado un fenómeno que da al subsuelo nueva utilidad: el servir de emplazamiento á poderosos resortes de medios de comunicación. Las galerías para el recorrido de los ferrocarriles movidos por vapor ó electricidad, llamados metropolitanos, no sólo en su construcción por los mil problemas de ingeniería, arquitectura é higiene que han planteado y ha sido preciso resolver, sino por la belleza de sus elementos, decorado é iluminación, repre-

sentan obra genial de indiscutible carácter monumental y artístico; será dirigido á un fin utilitario, pero ése es el distinuvo de la época, como antes lo fué el militar y el religioso.

El agua, materia indispensable en la vida individual y no menos en la social; la electricidad, productora de energía y transmisora del pensamiento; los aparatos pneumáticos, los en que el aire comprimido ejerce su oficio; los tubos por donde circula el gas que del carbón de piedra para iluminación, calefacción y engendro de fuerza se desprende, con los mil atractivos que encierran sus aplicaciones, agua, fuerza, luz, teléfono, telégrafo, su instalación en esas galerías puede y debe resultar, no ya simple objeto de curiosidad, de atención por los peligros que la ruptura, los contactos, las explosiones traen consigo, sino de belleza: al fin se trata de lo que en sí mismo la encierra y de lo que es eficiente motivo del empleo de elementos preciadísimos en el campo del Arte. Explicación de lo que en la superficie semeja milagro maravilloso, la combinación de lo interno con lo externo, no puede ser indiferente al artista. Á medida que la complicación de ese sistema nervioso de la agitada economía urbana se va agigantando, va ampliándose el horizonte del Arte, que antes se creía cerrado por completo.

Causa directa é indirecta de la belleza, puede contribuir á que la calle sea más estética y á que la subcalle llegue á revestir, en vez del industrial aspecto que ha sustituído al nauseabundo de la antigua cloaca, el artístico en su concepción y realidad. Todo plan, técnicamente perfecto en el aprovechamiento del subsuelo de la calle moderna, estará influído por el Arte. Si falta aquél, puede aseverarse

ha de carecer de la armónica congruencia con el fin para que se traza.

La longitud de la calle representa, para su belleza, un algo íntimamente conexionado con su latitud y altura de las casas que la forman. Con frecuencia se la asigna una relación de veinte á uno de los dos primeros términos; pero fácil es comprender que sobre este punto la fijación de normas no es posible, dependiendo de infinitas circunstancias locales é históricas. Como principio, es recomendable el que las calles no sean desmesuradamente largas; así se evita la sensación de impaciencia y fatiga anticipada que instintivamente se produce en el caso contrario. Cuando no haya medio de lograrlo, la calle debe cortarse con jardines, con monumentos, con plazas, que en apariencia disminuyan la línea que por un efecto de óptica ante nuestros ojos se dilata en progresión geométrica á la de su verdadera longitud, cuando ésta no podemos apreciarla de simple ojeada. Ejemplo de la aplicación de esa regla, la da la rue de Lafayette, que con la de su prolongación de Alemania, constituyen la vía más recta y larga de París, no pareciéndolo por estar intercalados el Square de Montholon, la Place Lafayette y los cruces de varios boulevards, que vienen á constituir verdaderas plazas. Medio práctico de que resulte la latitud de una calle en la apariencia aminorada, consiste en seccionarla por filas de árboles; la vista no percibirá más que los espacios libres entre sus líneas y las casas y las de aquéllos entre sí. Así ocurre en diversas avenidas de las grandes capitales, modificadas en el último tercio del siglo anterior.

El suelo es en la calle lo fundamental: á él concierne todo cuanto respecta á ésta. Distínguense las poblaciones

florecientes y ricas por lo atendido del pavimento de sus vías públicas: en las atrasadas y pobres se denuncian la incultura y el escaso capital por el poco aseo y por el abandono de aquéllas.

En las ruinas de la vieja Pompeya se recorre las calles enlosadas, con sus bandas laterales contiguas á las casas, destinadas á los peatones, á mayor altura que la calzada central, dispuesta, á su vez, para el tránsito de los carruajes y caballerías, poseyendo las condiciones de inclinación, bombeo y drenaje indispensables á los servicios de riego y salida de aguas pluviales. El cuidado que los romanos pusieron en materia tan interesante ha pasado á la historia como nota de su civilización. Muchos siglos se han necesitado para que con carácter general el suelo de las calles presente en su división y niveles el aspecto recordado. La rasante de la calle en sus perfiles longitudinales nunca debe afectar forma convexa, con pendientes y contrapendientes, pues ascendiendo en sentidos contrarios, produce notable impresión de desagrado el ver aparentemente cortadas las figuras. Preferible es una ligera pendiente; de no ser factible esto, la forma cóncava no arroja los inconvenientes de la precitada

Sea cualquiera la materia que sirva de pavimento á la sección que se destine á vehículos, ha de adoptarse un determinado bombeo para dar salida á las aguas de los riegos y lluvias y en evitación de estancamientos, no menos incómodos que nocivos. La elección de solado, por su colorido, resistencia, conservación y coste, depende en parte de las condiciones climatológicas, etnográficas y económicas; en otra, del movimiento y calidad del que sobre él se efectúe, y, por fin, de la manera de estar instalados en el

subsuelo los servicios complementarios que al hablar del mismo se estudiaron.

Ya en plena calle, debo hacer una manifestación: la de que la influencia del elemento artístico se revela por el sentimiento que experimenta la masa popular de agrado ó repulsión, por cuantos detalles constituyen la calle misma y cuantos en ella se ofrecen á su vista.

Las aceras, contrapaseos y calzadas han de tener ancho suficiente para las exigencias de la circulación, cortando para facilitarla, si el de la calzada es notable, con salvavidas en los centros, que por el adorno de farolas, relojes, barómetros, etc., sirvan de puntos en que la mirada se detenga y repose de la no interrumpida vertiginosa actividad del circular.

Por hoy, si en las aceras caben aplicaciones con anuncios ó dibujos, que bien pudieran ser artísticos, y en que el policromado tenga, por la combinación de comprimidos hidráulicos, una positiva intervención, las calzadas, sobre todo si están sometidas á gran movimiento, por exigir determinados factores, impiden la reproducción de formas parecidas á aquellas que en el suelo de la plaza del Baptisterio, Duomo y torre de Pisa se contemplan.

No hay motivo que impida pensar en un inmediato adelanto industrial, que dé facilidad para en el asfalto conseguir efectos artísticos de cierta utilidad.

Para completar el examen de los integrantes estáticos de la calle, resta efectuar el de los edificios que la bordean, dando á cada una un carácter peculiar. La altura de aquéllos ha de guardar artística proporción con la longitud y ancho de la calle. No quiere decir esto en modo alguno que se deba imponer á todos como condición indispensable

que coronen de nivel. Cuando así ocurre, cual es frecuente, y la línea horizontal es la empleada como límite y coronamiento, se sufre sensación de vacío, de trivialidad en aquella regimentada é igual expresión del arte de construir. En ese particular, la variedad artística de las construcciones florentinas es bien recomendable. La diferencia de alturas requiere, en el concierto que deben guardar, la poderosa mano del Arte.

En las fachadas han de emplearse materiales que consientan una decoración adecuada y permanente. Según Vierendell, su elección constituye la técnica constructiva, ó sea la resultante de la estabilidad química y de la estabilidad mecánica. Independientemente de las masas arquitectónicas hay que recordar en las fachadas la policromia, ya por los materiales que se empleen, ya gracias á la pintura imitativa de que se les revista. Las diferencias de tonalidad, sobre quitar durezas, crean claroscuros que realzan más la belleza de sus líneas y contornos. Á veces las condiciones climatológicas las atenúan ó las destruyen, imprimiendo patina en que la igualdad resulta antiestética, cual ocurre á la Gran Ópera de París, donde no se diferencian los colores: á veces las aumentan acentuando los tonos calientes de sus piedras y el relieve de sus adornos, dependiendo lo dicho de las condiciones físico-químicas de los elementos constructivos en relación con el tiempo y el clima. Para que los efectos que el artista originariamente logre no se desvanezcan con rapidez, deben utilizarse los conocidos y ya probados en la localidad; y para no someterse á una innecesaria inmovilización crearse á manera de museos de materiales nuevos que, expuestos á las inclemencias del aire libre, puedan enseñar, por los resultados que el tiempo ofrezca en ellos,

lo bastante al artista inteligente para garantizar la permanencia de su obra. Esto sin dejar de tener muy en cuenta, tratándose de ciertos materiales, que la calidad de las tierras, su cocción y otras diversas circunstancias influyen poderosamente en el resultado de su utilización. Las arcillas plásticas, que se trabajaban fácilmente y adquirían gran dureza desecándose al sol, se usaron mucho en la antigüedad y edad media, especialmente por los romanos y los árabes. Hoy, en algunos edificios modernos, como Kensington Museum de Londres, la Academia de Bellas Artes de Viena y el Museo de Artes Industriales de Berlín, la cerámica da un excelente resultado; en otros, que no hay para qué citar, no sucede por desgracia lo mismo, sin duda como consecuencia de haber descuidado aquellas condiciones de clima.

El estilo y decoración de las fachadas es sin duda lo más conocido de ellas, lo que extrínsecamente tiene mayor interés, y uno de los escasos puntos en que se ha conseguido antes el reconocimiento de su aspecto eminentemente artístico.

Es indudable que además de mejorar y sanear las ciudades debe procurarse embellecerlas, conciliando las disposiciones que limitan la altura total de los edificios y la parcial de sus pisos, ó sean la luz y la higiene como necesidades materiales indispensables al desenvolvimiento de toda población, con otras no menos elevadas que corresponden al dominio del Arte, que no impidan la espontánea revelación del destino de cada construcción, que toleren salientes que produzcan los efectos de claroscuro y el movimiento indispensable á evitar toda monotonía, reduciendo al mínimum las líneas horizontales de sus cornisas, decorando

los muros que se eleven sobre las propiedades colindantes y adoptando, en suma, todas las medidas necesarias á evitar la fealdad.

Innegable es, que en la mayoría de las ocasiones, la falta de carácter estético en las casas particulares y calles que las mismas forman, son producto de las condiciones económicas y sociales á que anteriormente he hecho alusión.

Las ideas igualitarias, malamente aplicadas á la construcción, junto con ese prurito de imitación característico en el hombre, determinan como hecho el muy generalizado deseo de pretender en las construcciones más modestas, dar á sus fachadas apariencias exteriores de edificios importantes, reduciéndolos en proporciones mezquinas y empleando malos materiales, llegando la ridiculez, nunca bastante fustigada, hasta darse ese accidente de simulación en los edificios de poblaciones rurales respecto de los de las grandes capitales. En lo dicho se encierra la demostración de cómo son las construcciones reflejo fidelísimo de la situación social del tiempo en que se verifican.

Más difícil que en los elementos estáticos es obtener el respeto al Arte en los que denominamos dinámicos, no sólo por su movimiento, traje de los transeuntes, forma y decorado de toda clase de vehículos y puestos ambulantes, sino de aquellos que, aun siendo fijos, por lo efímero y mudable de su existencia no deben confundirse con otros de más importancia y duración; estatuas, fuentes, plantaciones, farolas, postes para cables eléctricos, relojes pneumáticos, anuncios, muestras, escaparates, kioscos y bancos de toda clase, aparatos meteorológicos, postes indicadores del nombre de calles, etc. Su propia constitución, la influencia directa de la individualidad aleja en unos, aun

cuando aproxima en otros, el dominio de la idea de belleza que no emane de una educación previa.

El pintoresco y distraído espectáculo que en los certámenes internacionales se disfruta, contemplando los trajes de formas, tejidos y colores de los pueblos más distantes; los uniformes vistosos en que dominan dorados, púrpuras, plumas, pieles y aceros, no es el que normalmente se percibe recorriendo las calles de las poblaciones modernas.

Acúdase á Alemania, visítese Inglaterra, recórrase Bélgica, Italia, Portugal ó España, por el traje, por los sombreros, por la indumentaria en general, difícil será reconocer la nacionalidad no sólo de las clases elevadas y las medias, sino hasta de las obreras y agrícolas. Los que deseen ver el gentil traje de la napolitana, no busquen en las cercanías del Vesubio quien lo lleve. El traje, con sus tonos obscuros, con sus formas parecidas, reflejo del igualitarismo moderno, no puede pensarse experimente alteraciones. Las leyes suntuarias en los tiempos en que las clases sociales estaban por ministerio de la legislación y de la costumbre separadas por barreras infranqueables, establecían como caracteres externos de distinción, la diferencia en el vestir; mal que bien, si no en la calidad de las prendas, en su cuantía y coste se observaba.

Pensar, como alguno sugestionado por el ideal lo hace, con la vuelta á aquellos tiempos, es soñar con lo imposible.

Los vehículos de toda clase ofrecen ancho margen á la manifestación del Arte. Á las literas y carrozas, adornadas de delicadas pinturas, de figuras interesantes, conducidas por pajes ó lacayos de artística indumentaria, han sucedido otros vehículos más rápidos, más cómodos, evidente-

mente menos artísticos. Poseídos aquéllos por particulares ó empresas pertenecientes á la categoría de personas que forman la clase directora social, á ellas debe dirigirse una acción constante é inteligente para obtener lo que los fueros del arte reclaman.

Las plantaciones de árboles en las calles, no sólo para lograr los fines de disimular su longitud ó latitud, sino como elementos de higiene, de decoración y embellecimiento, exigen cuidados prolijos: elección de las especies que más se adapten al clima y usos que del árbol por el mismo se deseen (adorno y sombra, ó sombra sólo). Deben alcanzar robustez, altura, corte de su copa y ramas principales, que, además de ponerles al abrigo de inconscientes ataques de la infancia, atraigan por su simetría el simpático respeto de la multitud y constituyan una nota alegre de color, inclinando el ánimo á impresiones vivas y agradables.

Los antiguos faroles usados por primera vez en Europa, según Drapper, en Córdoba, en el siglo XII: los farolillos que la piedad encendía al pie de los retablos de las imágenes en muchos puntos de las poblaciones importantes, aplicándose á hacer menos densas las tinieblas, comenzaron á generalizarse de una manera prodigiosa á mediados del siglo XIX, sustituyendo ventajosamente el petróleo al aceite, y los reflectores á los reverberos, como más tarde, á aquéllos, el gas hidrógeno bicarbonatado, extraído de la hulla para el alumbrado público. Se hizo esto una necesidad, y se ocurrió á ella de momento, sin pretensiones artísticas de ninguna clase. Años después, la profusión de los mecheros, su reunión, las exigencias públicas, estimularon la particular iniciativa, y el candelabro de

diversos brazos efectuó su aparición. Coinciden con ella los primeros albores de la electricidad como fluido para el alumbrado. Rápidamente gana el aprecio de la opinión, y los grandes focos, los arcos voltaicos, fueron empleados, no ya en fiestas é interiores, sino en plazas y calles. La intensidad de la luz, lo grandioso de la transformación, la altura á que ha de colocarse, la amplitud de los espacios iluminados, la facilidad de la conducción de los hilos transmisores del fluido, la importancia del capital de las empresas de él productoras, han sido causas de que el arte sea requerido para instalar, para presentar con la belleza merecida invento tan prodigioso. La necesidad de armonizar los elementos antes dichos con los reflectores, ha hecho surgir aplicaciones fáciles y no costosas, como la de la plaza de las Termas en Roma, en que la iluminación de la gran cascada de agua de la fuente central produce un efecto de visualidad sorprendente. En Bruselas la Asociación del arte aplicado á la calle, fundada por Broerman en 1893, organizó en 1896 un concurso de aparatos para alumbrado público.

En todo tiempo han sido las estatuas, fuentes y arcos monumentales, natural ornamento de la vía pública. Grecia y Roma conservan en las suyas, plásticas pruebas de semejante afirmación. Son tal vez las primeras más permanentes, generalizadas é indiscutibles conquistas del arte aplicado á la calle. Aquí sólo corresponde hablar de su emplazamiento. Tratar de su aspecto artístico sería impertinente. Las grandes vías con amplia perspectiva, con despejado horizonte, en punto donde cumpla su obra artístico-social, y la más modesta que, al hablar de las calles de gran longitud señalamos, y que por iguales motivos po-

demos aplicar á las plazas de gran magnitud, es donde han de estar emplazadas obras que recuerden la gloria que personifican y la adquirida por el artista que las proyectó y modeló.

Los cables conductores de la electricidad dedicada á telégrafos, teléfonos, alumbrado, motores y tracción, deben dejar expeditas las calles y ser conducidos á través del subsuelo. Cuando esto no sea dable, han de proscribirse todos aquellos soportes que por su forma, ornamentación, colorido y dimensiones resulten antiartísticos. La exigencia de la condición estética es, como en los faroles, muy razonable, atendiendo á que el modelo ó modelos elegidos pueden ser objeto de multitud de reproducciones, y, por tanto, insignificante la diferencia de coste entre los escogidos y aquellos que por su sencillez ó falta de condiciones estéticas se rechacen.

Los escaparates y muestras han sido de muy antiguo objeto de atención por parte de la industria privada. La competencia que, salvo el régimen de monopolio, ha imperado en las manifestaciones, sobre todo del comercio; los viajes que para atenciones del mismo han tenido que verificar en todo tiempo los industriales á los países más adelantados, son causa de que lo artístico en el escaparate y muestra, tengan antigua progenie; pero se ha necesitado sentir en la economía la influencia avasalladora de la grande industria, para que, convirtiéndose las pequeñas tiendas, los almacenes modestos, en colosales edificaciones de los sótanos á las armaduras y en cuatro ó cinco pisos dedicados á un solo tráfico, disponiendo de capitales inmensos, las instalaciones adquieran proporción inusitada, los escaparates un lujo suntuoso, y las enseñas, cuanto denota y

exterioriza el comercio, carácter artístico. Se ha acudido á reputados arquitectos, á escultores y pintores notables para que sus creaciones sirvan de reclamo al establecimiento en que aquéllas se instalan ó que las mismas adornan. Pero al lado de esas grandes demostraciones artístico-industriales, que sirven de estímulo y ejemplo, aún existe masa considerable del pequeño comercio, que, por escasez de recursos, faltas de iniciativa ó carencia de conocimientos artísticos, comete verdaderos atropellos de lesa estética, que para un espíritu atento y reflexivo son grados del dinamómetro de la incultura social.

En 1895 la *Obra del Arte aplicado á la calle* á que antes he aludido llevó á cabo un concurso de muestras y escaparates, que si bien suscitó alguna discusión, como consecuencia produjo la de transformar muchas de las que en la capital belga necesitaban modificarse. En España, hace pocos años, se organizó en Málaga un concurso de escaparates que obtuvo muy buen éxito.

Los anuncios son casi tan antiguos como la industria mercantil misma. El ingenio sutil del industrial le sugirió siempre el empleo de los más salientes medios de atraer la atención del público sobre lo que á él le importaba.

Huyendo del carácter histórico á que en este extremo sería facilísimo rendir tributo, recordando, por ejemplo, la *Historia del Comercio* de Scherer, ó la particular para la Edad Media de Cibrario, en lo concerniente á Francia la de Franklin, y en cuanto á España respecta, la *Historia de la Economía* de Colmeiro, ó cierto volumen de las *Escenas Matritenses* de Mesonero Romanos, baste la mención de los centenares de concursos, públicos y privados, que para dar

al anuncio carácter artístico, en España como fuera de ella, hace tiempo y sin interrupción se celebran, cada día en mayor número.

Diversas necesidades, propias unas de la misma amplitud de las grandes poblaciones, hijas otras del ejercicio de pequeñas industrias, han dado lugar á la erección, sobre todo en la calle de gran tránsito y de alguna mayor latitud de la acostumbrada, de kioscos, puestos para la venta de flores, frutas y baratijas. Todos ellos como creaciones muy efímeras, en la mayoría de las ocasiones propiedad de gentes de modesta fortuna y aun más modestos conocimientos, tienden á no precisar el empleo sino de sumas de la menor consideración. El mal gusto, huelga decir, es su nota predominante. Sus proporciones no se distinguen por lo esbeltas, sus desarrollos por lo crecidos, su ornamentación por gusto y delicadeza. Y, sin embargo, ¡qué campo tan fecundo para el artista! ¡Qué serie de objetos en que demostrar el respeto que á la belleza ha de guardar todo pueblo! Es tan evidente lo manifestado, que el clamor público ha impuesto se fijen reglas por las Administraciones municipales concesionarias de los permisos para tales instalaciones y se las sujete al cumplimiento de reglas estéticas; hecho muy digno, aun siendo pequeño, de ser tenido en cuenta, porque representa, de un lado, susceptibilidad bastante en la masa social para protestar de la herida que en sus sentimientos de lo bello infiere el triste espectáculo de su negación, y de otro, cómo cabe cultivar esa delicadeza cual palanca que ponga en movimiento fuerzas de opinión incontrastables que lleguen á establecer como necesidad, no sólo la de higiene y decoro, sino también la de belleza.

Algo parecido á lo que precede cupiera observar en otros detalles de la vida social en la calle. Los rótulos anunciadores del nombre de la misma, los bancos, que unas veces sirven para el descanso del fatigado transeunte y otras de adorno en los espacios libres, en su colorido, composición, material elegido, emplazamiento, son motivos de estudio para el artista, pues es posible signifiquen obras de cerámica, de talla ó de lapidario muy dignas de tener presentes: no sería justo dejar de reconocer que, por su relativo poco coste y su gran exterioridad, la opinión pública ha ejercido su imperio, y cuando el buen gusto ha conseguido alguna victoria, pronto el espíritu imitativo la ha esparcido por el mundo culto.

Sintetizando cuanto queda dicho, la calle, siendo expresión la más popular de las artes plásticas y gráficas, da, más que cualquier escrito, medios de calificación de nuestras costumbres, de nuestras necesidades, del grado de nuestra civilización. Revestir de forma artística cuanto se relacione con la vía pública, transformándola hasta convertirla en elemento poderoso de educación, es obra que al Arte corresponde, es empresa cuya elevación, cuya transcendencia sería tan ocioso creer necesitada de demostración, como pensar de posible desconocimiento. Ese conjunto de elementos, que sólo en lo principal he recordado, no son indiferentes, no deben considerarse hijos del azar; la casualidad es palabra que en esta materia no há lugar á pronunciarse. Todos esos detalles de la vida urbana son hechos, y los hechos son indefectiblemente resultantes de causas distintas, pero en que nunca deja de entrar el sentimiento estético. Si éste es tenue, si no se acentúa en el fenómeno de que es externa manifestación la calle ó cual-

quiera de sus componentes, es que queda desvirtuado en lo intenso de la condición, causa con que se une. Si la expresión es de todo en todo contraria al Arte, depende de una crisis moral ó religiosa que la condiciona, ó de la injustificada exageración ó exclusivista predominio de factores que en otra medida debieran ser legítimos ó inofensivos. El Arte es algo más de lo que piensa Herbert Spencer, una actividad de lujo, esencialmente imitativa; el Arte es social por excelencia. Por esto no puede llamar la atención que sirvan sus obras de nivel fidelísimo de la cultura, del adelanto, y que reflejen á su vez el modo de sentir, de pensar y de actuar en la vida los hombres contemporáneos de los creadores de esas obras. No es esto en modo alguno negar la verdad de la doctrina del Arte por el Arte, ni tratar de obscurecer el carácter desinteresado de la obra estética; es cierto que el artista no debe proponerse, al menos conscientemente, otro fin que el de la expresión de la belleza; pero ¿hay arte sin público? La apreciación de ese público ¿no está siempre presente en el pensamiento creador del artista? ¿No es éste un hombre, sujeto, como todos, á las influencias del medio en que se desenvuelve? La contestación afirmativa se impone, y con ella un doble pensamiento: el artista mirando el ideal, necesariamente para que lo sea, hermano de la verdad, ha de ser su apóstol, impulsando dentro de las condiciones sociales en que vive á sus contemporáneos por el amplio camino del progreso, recibiendo de ellos los vaciados en que hasta entonces han moldeado las necesidades á que con sus obras satisface; no pudiendo desembarazarse de las exigencias que establecen, tienen forzosamente que ser expresión del tiempo en que se producen. El artista, como tal, es necesariamente evolucionista;

como hombre, no puede romper las ligaduras de la sociedad en que ha nacido.

Si el Arte hoy más que nunca tiene una misión social que cumplir; si se le da entrada por propio derecho en los estudios sociológicos, reconociéndosele un elevado ministerio, ¿dónde más práctica, más plástica y convincentemente ejercitará esa interesante labor que en lo que constituye el teatro, donde la función social sin interrupción se produce; en la calle? Á la cátedra puede concurrir número corto de alumnos; el libro no se lee por muchos; los museos no se consigue verlos visitados por las multitudes; á éstas es obra de caridad estética no esperarlas, hay que ir en su busca, hay que sorprenderlas á su paso, hay que enseñarlas sin que les cueste esfuerzo, hay que educarlas mediante actos, hechos gráficos indiscutibles en su percepción, y para ello, ¿qué otro espectáculo, qué medio más complejo y más sencillo, más elocuente y menos difícil que el de una calle en que el artista sea su autor? La estética, como la moral, en las masas sociales obra por intuición, y ésta se engendra, se desarrolla y reproduce mediante el ejemplo; la imitación, ese otro sentimiento de nuestra economía fisiológica, hará el resto.

Planteada así la cuestión, reconocida su gravedad, corresponde examinar á quién toca solventarla, y cuál ó cuáles han de ser los medios más prácticos para conseguirlo.

Es frecuente al observar que el carácter eminentemente educativo del Arte no es sino parcial y excepcionalmente guardado en la sociedad moderna, que hasta para obtener el efecto contrario se defienda la tesis, tan en boga en la actualidad, de que al Estado incumbe tan ardua empresa.

Desconocer que éste posee medios cada día más poderosos para cooperar al fin artístico, sería insigne ligereza; pero olvidar que el Estado no es ninguna entidad físicamente individualizada, perdurable y perfecta; olvidar que está representado por hombres que en los organismos político-sociales contemporáneos son muchos y en constante sustitución, sería no menor dislate. ¿Qué hará esta representación? Nada de seguro distinto de lo que piensen aquellos que la ejercitan; si están en materia de estética, cual suele ocurrir, faltos de preparación, imposible que su dirección resulte acertada; si, por raro evento, poseen conocimientos artísticos, ¿dejarán de pertenecer á una ú otra escuela, de dar preferencia á esta ó aquella arte? En ambos casos el Estado no podrá ser, no será impulsor del Arte en su completa é indivisible expresión.

Por otra parte, lo estético ¿no es un sentimiento? ¿No es algo psicológico, subjetivo, personalísimo? ¿No es, como lo moral, incapaz de ser objeto de sanción por la ley?

Por sí, el Estado ni puede ni debe pretender ejercitar en lo social la hegemonía artística. En mi concepto, el papel del Estado consiste en favorecer la extensión de los conocimientos estéticos, permitir y amparar todas sus manifestaciones, reconocer la misión instructora y educativa del Arte y concederle jurisdicción para que sus cánones, no los de una escuela, los del Arte, en lo que tiene de uno é inmutable, se cumplan; en una palabra, hacer que el individuo llegue á considerar lo estético como un sentimiento digno del mayor respeto, y la sensibilidad artística se excite y exija, como la del bien, el que por todos se obedezcan las prescripciones no escritas, pero inmanentes de lo bello.

Resumiendo: en mi opinión, incumbe al Estado de una manera accidental, y mientras á mayores perfecciones no alcance la acción individual, crear ó dotar á las instituciones creadas de elementos que den por resultado que los ciudadanos puedan recibir una instrucción artística suficiente á desarrollar en ellos el apetecido sensorial estético.

¿Qué elementos han de utilizarse para conseguir ese objetivo? Creo los mejores que en la escuela primaria se den nociones de estética y se aproveche convenientemente un medio directo tan propio para el cultivo de la inteligencia en general, como de la artística en particular, cual es el dibujo. Contrayéndome á lo que ha sido tesis de este trabajo, debe considerarse que cuantos han de contribuir en una ú otra proporción á crear la calle deben saber mirar, apreciar detalles y sus relaciones, concebir la dirección de un plano, la sección ideal de un cuerpo, y para todo ello y obligar á estar atento, á precisar ideas, á facilitar recuerdos, la comprensión del ajeno pensamiento, sirve el dibujo, que, haciendo entender las figuras en los libros, los croquis en los talleres, es el auxiliar casi obligado de todo estudio científico ó industrial. Gentes que dibujen tienen en sí el germen para admirar lo estético, para no incurrir en negaciones de belleza, para poder combinar lo útil con lo artístico.

Los abusos del régimen gremial, lo desprestigiaron, haciéndole intolerable, significando para los á él sujetos, su destrucción, algo tan imprescindible como la libertad misma. Desaparecieron, y el odio á su recuerdo duró, qué digo, aún dura, siendo causa, en gran parte, de que la asociación no se haya utilizado como debiera para la producción, y, sobre todo, para la enseñanza artístico-

industrial. El aprendizaje, oficialazgo y maestría ya no exigen, salvo en algún país, como Austria, tiempo determinado ni otro cualquier requisito legal. No hay para qué volver á lo pasado, pero sí establecer escuelas de arte aplicado que á los ejércitos de esta democracia ardiente de progresos, deseosa de mejora, la consienta cooperar del modo más potente, más fecundo á la acción social. Ábranse esas escuelas, y en ellas adquirirá el obrero el sentimiento de Arte, que, por hoy serle desconocido, le lleva á producir las condiciones antiartísticas, triviales, descoloridas y sin relieve que forman en la calle el proceso de la ignorancia estética de los días presentes. Se distingue la producción moderna en todas sus manifestaciones por una mayor participación de los elementos intelectuales del trabajador. El esfuerzo meramente muscular se va reemplazando por mecanismos de potencia superior á la del brazo humano. En cambio, coadyuva el obrero más intensamente, y por ello precisa de conocimientos antes innecesarios. ¿Podrá pretenderse resulte artístico, bello lo que se deba al esfuerzo combinado de gentes que, al traducir y ejecutar los proyectos, se hallen por completo desnudos de toda idea artística? Quien no aprecie el dibujo, no se penetre de la intención que guió al autor de una concepción arquitectónica ó escultural, ¿qué de extraño que en la ejecución, por ignorancia, por falta de educación del gusto, sea rémora, cuando no obstáculo invencible, para que lleguen á encarnar, á ser realidades las más geniales producciones? Cuanto en la calle tiene vida artística ha de dársela una multitud de auxiliares faltos por completo de nociones de arte, y, claro es, por hábiles que sean los directores, ¿cómo la obra no ha de resentirse? Esas multi-

tudes, cuya misión consiste en producir representaciones con carácter estético, si no se les enseña la táctica, si no se disciplinan sus instintos artísticos, ¿cómo en el momento supremo, en el que se les pide contribuyan con su labor, ha de ser ésta armónica, una, conveniente, artística?

Esa alta misión corresponde al Estado.

Los nuevos materiales que en la decoración de las fachadas de las casas se emplean, ¿no han de exigir en la mano de obra algo más que el desenvolvimiento de una fuerza física? En esas escuelas de Artes y Oficios es necesario existan, por lo menos, dos clases de enseñanza, dos grados de cultura: la primera general, en que se dé á los alumnos de manera práctica las nociones de dibujo, conocimiento de los materiales y manipulación ó tratamiento de ellos más en uso en cada oficio; la teoría debe ahorrarse, la intuición, el ejemplo, lo plástico y gráfico han de ser los resortes puestos en juego; la segunda dirigida á menor número de discípulos, á los más inteligentes, sin prescindir de lo práctico y de aquellos recomendados procedimientos, ha de acompañarse de la exposición de elementales nociones de bellas artes, no encaminadas á la aceptación de éstas ó aquellas modalidades, de uno ú otro exclusivista concepto estético, sino á la adquisición de gusto, de estímulo de aptitudes dormidas. Como necesario complemento de esas escuelas, han de crearse museos, laboratorios, dedicados especialmente al fomento de la estética urbana. En los primeros ha de reunirse cuanto sirva al conocimiento indispensable de los que intervengan manualmente en la construcción de la calle, así como los factores que por los mismos han de utilizarse; en los segundos se practicarán los análisis nece-

sarios para el mayor acierto en la elección de esos materiales bajo el punto de vista artístico.

Además de esa enseñanza sumaria sin desarrollos, oral, sin libros ni elementos que no sean gráficos, materiales, que bien pudieran tomarse del sistema Frœbel y darse en horas buscadas de acuerdo con las necesidades del trabajo diario de los que tuvieran que recibirla, hace falta llevar á la general, á la secundaria especialmente, un sentido estético que le falta. Se estudia en ella, sí, perceptiva literaria, pero no estética. ¿Quién de vosotros negará la ignorancia que en este punto padece nuestra sociedad?

Desde hace algunos años, buen número de naciones, entre ellas la nuestra, han creado y sostienen pensiones para el estudio de sus artistas en Roma. Mucho hay que aprender en la Ciudad Eterna; pero el arquitecto, el artista, en general, ¿no ganaría más si, para completar los conocimientos adquiridos en la histórica ciudad, visitara las principales capitales modernas? ¿No tendría, estudiando lo que fué y lo que es, mejores condiciones para aquilatar las respectivas ventajas, las deficiencias respectivas? ¿No se facilitaría así una racional crítica y una fructuosísima evolución en la estética urbana?

Seguro estoy de haber rebasado la amplia extensión que vuestra cortesía me podía hacer concebir posible como límite de vuestra benevolencia. Debo concluir, y para ello no encuentro fórmula más adecuada que la de expresaros llanamente la en que cristaliza dentro de mi sér el pensamiento generador de este discurso. La revolución social, ó económica, hija de otras muchas que han agitado la humanidad, se ha iniciado; la lucha está entablada, y, como siempre, batallan verdad y error. El Arte, como aquélla, es inmor-

tal; pero cabe que, como la misma, sufra eclipses. Por amor á esa faz de la verdad única del principio eterno, por amor á nosotros mismos y á nuestros semejantes, por alto deber ético, por indiscutible obligación patriótica, hemos de procurar cada uno, en la medida de nuestras fuerzas, el triunfo del ideal, del Arte, que, si en él entra como componente lo armónico, armonía llevará á lo social, paz, hija de la justicia, bella y serena, reflejo del equilibrio, de la variedad de las humanas aspiraciones, fin de la perfección, que debe imperar como suprema dicha en la tierra:

He dicho.

APÉNDICE

DATOS BIOGRÁFICOS

DEL ACADÉMICO

ILMO. SR. D. ANTONIO RUIZ DE SALCES

Nació en El Fresno (Santander).
Murió en Madrid el 28 de Febrero de 1899.

Recibió su primera educación de los Padres Escolapios de Villacarriedo.

En 1839 ingresó en las filas del Ejército como simple soldado, en el honroso Cuerpo de Ingenieros militares, y vistiendo aún el uniforme de sargento de dicho instituto comenzó los estudios preparatorios de la carrera de Arquitectura, cursando las clases de dibujo, matemáticas, química y ciencias naturales, en las cuales obtuvo siempre notas de sobresaliente. Simultaneaba aquéllos con las comisiones propias del servicio, en que siempre le ocupaban los jefes del Cuerpo por sus aptitudes especiales para desempeñarlas, distinguiéndole constantemente, no sólo con esta elección, sino concediéndole facilidades para sus estudios.

En 1845 rehusó seguir la profesión de las armas, y, licenciado, ingresó en la Escuela de Arquitectura de Madrid, cursando la carrera sin perder año, y obteniendo en todos los ejercicios la mención de sobresaliente, á más de una pensión que para premiar su talento y laboriosidad le fué concedida en 1847.

Siendo todavía alumno de la Escuela, en 1848, tomó el título de Regente en matemáticas, previos los ejercicios de reglamento, en la Universidad Central.

En 1850 le fué adjudicada, mediante ejercicios de concurso, la plaza de Ayudante-profesor de Física y Química de la Escuela central preparatoria para Ingenieros y Arquitectos.

En 1852 obtuvo el título de Arquitecto.

En 1853 hizo oposición á la cátedra de Geometría descriptiva de la misma Escuela, que por circunstancias particulares quedó sin proveer.

Hizo otra en 1854 á la plaza de Arquitecto de Zaragoza, obteniendo en ella el primer lugar y especial recomendación del tribunal, y otra en 1855 á la cátedra de Construcción de la Escuela de Arquitectura, habiendo merecido el segundo lugar de la terna y una Real orden gratulatoria.

Fué durante algunos años Auxiliar facultativo de la Junta consultiva de policía urbana y edificios públicos, Ayudante primero de las obras de alcantarillado y distribución interior de las aguas del canal de Lozoya, Perito-tasador, nombrado por el Gobierno para las expropiaciones del ensanche y reforma de la Puerta del Sol, Ayudante primero de la dirección de las mismas obras, y desempeñó otros muchos cargos facultativos importantes, entre ellos el de Catedrático de Topografía en la Escuela de Arqui-

tectura, que obtuvo por concurso, y que desempeñaba aún á la fecha de su fallecimiento.

En cuantos concursos y Exposiciones tomó parte, dió gallarda muestra, con los trabajos presentados, de sus profundos conocimientos y laboriosidad continua. Así, en 1852, en el concurso celebrado para el gran tabernáculo de la catedral de Málaga, obtuvo en reñida competencia el tercer premio. En la Exposición general de Bellas Artes de 1862 alcanzó un segundo premio por su proyecto de Instituto Manzanedo, que se ejecutó bajo sus planos y dirección. En 1863 tomó parte en el gran concurso internacional para edificio de Exposición Hispano-americana, mereciendo el premio primero. También obtuvo recompensa en una de las Exposiciones celebradas en París con la presentación de un friso árabe.

Hizo además otros muchos proyectos notables, entre ellos el de la Escuela de Ingenieros de Caminos, Canales y Puertos, que fué aprobado, pero que no se llegó á realizar.

De las obras llevadas á cabo por este notable Arquitecto, tanto particulares y de carácter religioso, como oficiales ó pertenecientes al Estado, habría que formar un extenso catálogo, de proporciones inadecuadas á este ligero apunte, por lo que nos concretamos á citar el palacio de la Biblioteca y Museos Nacionales, que construyó en su mayor parte y terminó felizmente; la catedral de Madrid, en cuyas obras colaboró con el Marqués de Cubas; el asilo de las Hermanitas de los Pobres; el convento de Paúles; las casas-palacios de los Condes de Vistahermosa y Cerragería, y multitud de edificios grandes y pequeños, de todas clases y destinos, en los que ha dejado impreso el sello especial que

caracteriza á todas sus concepciones, y en el que se ven siempre unidos el genio del hombre de ciencia y el alma del artista.

La Real Academia de San Fernando le recibió como individuo de número el 7 de Mayo de 1871, y en ella ejerció el cargo de censor desde el año 1877 hasta el de 1898.

CONTESTACIÓN

DEL EXCMO. É ILMO. SEÑOR

D. ENRIQUE MARÍA REPULLÉS Y VARGAS

SEÑORES:

La primera vez que ocupo este honroso sitio llevando la voz de la Academia para dar la bienvenida á un nuevo compañero, es, en verdad, por bien triste motivo. No era yo el designado para hacerlo, sino quien hubiera cumplido mejor esta misión (1), á no haber sido arrebatado repentinamente al cariño de la familia y al de sus amigos y compañeros.

Así, pues, la satisfacción de apadrinar en este solemne acto al distinguido arquitecto que hoy viene á tomar asiento entre nosotros, vese amargada por la pena de haber perdido á aquel otro querido amigo, por quien, en ocasión semejante, fuí yo á mi vez apadrinado; y habré de acallarla y esconderla dentro del corazón para entregarme á la grata tarea de presentaros al Excmo. Sr. D. José Urioste y Velada, cuyo notable discurso acabáis de escuchar y aplaudir con justicia.

Y no se podía esperar menos de quien con tantos me-

---

(1) El Excmo. Sr. D. Lorenzo Álvarez y Capra, fallecido el día 10 de Marzo de 1901.

recimientos llega á esta artística Corporación para ocupar la silla que dejó vacante arquitecto de tales dotes de inteligencia y laboriosidad como D. Antonio Ruiz de Salces, cualidades que también posee el recipiendario, como habrá de probarlo la enumeración de sus trabajos y méritos.

Aunque el Sr. Urioste vió la luz en una población de Extremadura al mediar el pasado siglo, puede considerársele como hijo de esta corte, pues desde muy niño reside en ella y aquí hizo sus estudios. Obtenido el título de arquitecto en 29 de Noviembre de 1871, entró al servicio de la villa de Madrid en 1873, ocupando sucesivamente los puestos de Secretario de la Junta Consultiva Municipal, Director de Fontanería y Alcantarillado y arquitecto de sección, siendo hoy el decano de los del Ayuntamiento.

Entre la multitud de trabajos y obras que, en cumplimiento de su cargo en el Municipio, ha realizado, se cuentan las de instalación de las fuentes de los Galápagos y de la Alcachofa en el Parque de Madrid, y la traslación de la de Neptuno al sitio que hoy ocupa en el centro de la plaza de Cánovas, obras éstas que, si realmente no son de lucimiento ni llaman la atención del vulgo, exigen gran cuidado en su ejecución, y algunas, como la de la fuente de Neptuno, conocimientos y trabajos especiales. Además ha proyectado y dirigido las notables y monumentales entradas del dicho Parque de Madrid por su paseo de las Estatuas y por el de Carruajes.

En medio del trabajo que como funcionario municipal le ocupaba de continuo, ha tenido tiempo para atender á los cargos de arquitecto de los ministerios de Ultramar, Gobernación y Fomento, y para proyectar y dirigir buen

número de obras particulares, lo cual patentiza su laboriosidad.

En unión de otro querido compañero nuestro, el distinguido arquitecto D. Fernando Arbós, hizo el proyecto de la Necrópolis del Este, trabajo de altos vuelos y de tal mérito, que obtuvo el primer premio en el concurso al efecto convocado, siendo muy de lamentar que no se haya ejecutado tal y como le concibieron sus autores. Recientemente ha restaurado la iglesia de Santa María de Lebeña, monumento nacional, acerca del cual ha publicado una curiosa Monografía, perfectamente escrita é ilustrada con numerosas fototipias.

Más de sesenta casas particulares, varias de ellas de importancia, ha construído en esta corte, así como los panteones de los Marqueses de Aguilar de Campóo y de Viana, Condes de Oñate, Valencia de Don Juan y Torreanáz, señores Gallo y Sibes, y Céspedes, todos en el cementerio de San Isidro.

Ha sido también Jurado en varios tribunales de oposiciones á cátedras; y, por méritos especiales en su carrera, le fué concedida en 1887 la gran cruz de Isabel la Católica.

Por tales merecimientos esta Real Academia tuvo á bien elegirle en 17 de Abril de 1899 su individuo de número, después de lo cual nuevos trabajos del Sr. Urioste han venido á robustecer las razones anteriores tenidas en cuenta.

Por Real orden de 23 de Marzo de 1897 fué nuestro compañero nombrado por el Ministerio de Fomento Arquitecto-jefe Director del servicio de arquitectura en la Comisaría regia de España para la Exposición universal de París en 1900, y todos los que me escuchan saben perfec-

tamente cómo ha cumplido allí su cometido, levantando un edificio que, admirado y elogiado por todos, ha sido honra de España, hasta el punto de obtener un gran premio de honor.

Tan conocido es el Palacio de nuestra nación en el certamen de París, ha llegado á ser tan popular, por haber sido reproducido de mil maneras y descrito multitud de veces en todos los idiomas y periódicos del mundo, que me creo dispensado de señalar sus bellezas. El Sr. Urioste, observando un precepto general dado á todas las naciones, de que la arquitectura de los respectivos pabellones correspondiese á uno de los estilos antiguos de cada una, tuvo el buen acuerdo de elegir el de nuestro clásico Renacimiento, tan poco conocido en Francia y que tanto se diferencia del de aquella nación. Salamanca, Toledo y Alcalá ofreciéronle modelos que, acertada y artísticamente combinados, produjeron el más bello, elegante y simpático palacio entre los extranjeros de la Exposición. Y conste que en este asunto no hablo por referencia, pues no sólo he tenido la fortuna de contemplarlo y compararlo con los de otras naciones, sino de oir los juicios formulados por los más distinguidos arquitectos de todas partes reunidos en París con motivo de su quinto Congreso internacional. Mi opinión, además de no ser autorizada por ser mía, podría parecer apasionada por tratarse de la obra de un amigo; pero la unánime de aquellos respetables artistas, muchos de ellos eminentes, no puede ser sospechosa.

Por otros trabajos realizados en aquel certamen ha obtenido además el nuevo Académico dos medallas de oro, habiendo sido nombrado por el Gobierno francés Oficial de la Legión de Honor, y de la Orden de Leopoldo de Bél-

gica por el Soberano de esta nación, á quien agradó tanto el palacio de España que pidió copia de sus planos.

Finalmente, el Sr. Urioste fué delegado del Gobierno español en el dicho Congreso internacional de arquitectos y en el de ensayos de materiales de construcción, celebrados en París en los meses de Julio y Agosto del pasado año.

La práctica de su cargo oficial en Madrid, su larga residencia en París y sus visitas á otras capitales del extranjero, le han conducido naturalmente á tratar un tema oportunísimo en los presentes tiempos y que encaja perfectamente en sus trabajos y aficiones, sintiendo como artista la necesidad de llevar el Arte á la calle de las poblaciones modernas; puesto que, como él mismo expresa, tal sitio puede ser de enseñanza para el pueblo que privado, por la necesidad de atender á su trabajo, de la contemplación de las obras artísticas en los museos, en la calle que recorre á diario puede formar insensiblemente su gusto por lo bello que en ella se le manifieste.

El Arte en la calle, á la vista de todos, contribuye á formar concepto de las ideas del pueblo, de sus sentimientos y de su cultura; y será tanto mejor aquel concepto, cuanto más cuidados se vean los detalles de la vía pública y los accesorios de la misma destinados á satisfacer servicios urbanos, prestar higiénica comodidad á los transeuntes ó recrear su vista.

La fachada del edificio y el jardín público, la portada de la tienda y el anuncio, el monumento y la fuente, el candelero, el asiento, la verja y el kiosco son elementos de moderna urbanización donde es preciso que el Arte se manifieste, para constituir un todo armónico y agradable inspirador de ideas elevadas y educador del gusto.

Y de ello tenemos ejemplos en las antiguas civilizaciones de los países que en épocas distintas fueron emporio del Arte.

Fijándonos sólo en tres de éstas—y lo haré brevemente para no fatigar la atención de mis oyentes, ni borrar con un largo discurso la impresión del de mi apadrinado,—consideremos primeramente la *Grecia* del siglo de Pericles, donde la vida era pública, no sólo en las palestras y gimnasios, sino más principalmente en la plaza ó ἀγορά, lugar nacido de las necesidades de aquella sociedad y que constituía un foco central de la vida común, ya bajo el aspecto religioso, ya bajo el político ó el comercial.

Al ἀγορά, plaza ó mercado público, el más importante de las ciudades griegas, concurrían todos los caminos que establecían las comunicaciones comerciales entre las ciudades y estados vecinos, contribuyendo á la conservación de las antiguas y tradicionales ceremonias del culto nacional; pues de allí partían y allí convergían las procesiones sagradas que constituían un lazo indisoluble entre las divinidades de un mismo origen, aunque separadas por largas distancias; allí también se reunían los ciudadanos desde los tiempos de Homero para celebrar sus consejos y deliberar públicamente; y allí, por último, tenían lugar los más solemnes juegos, concursos y certámenes de las grandes y pequeñas *Panateneas.*

Así, pues, es natural que los griegos, artistas sin rival en el mundo, que embellecían con su elegante y refinado gusto hasta los utensilios más vulgares, dieran al ἀγορά una apariencia rica y magnífica. Y, al efecto, rodeáronle de los principales templos, le circundaron de soberbios pórticos y le adornaron con hermosos monumentos, formando un

espléndido museo de todas las manifestaciones plásticas del Arte. Museo al aire libre, siempre visible y contribuyendo con sus bellezas á excitar los sentimientos artísticos.

El ἀγορά de Afrodisias, en la Caria, era el mayor y más rico, conteniendo elegantes pórticos de orden jónico, con preciosos bancos de mármol y 460 columnas. El de Delos, de menores dimensiones, estaba también rodeado de un pórtico de columnas dóricas; y en el de Atenas alzábase la célebre *Torre de los vientos*, construída para utilidad y enseñanza de los atenienses.

El pórtico ó στοά, ornamento siempre en lo exterior y en lo interior del templo, de la habitación, de los gimnasios y mercados, usóse independiente de dichos edificios, en los ἀγορά, en las plazas y hasta en las calles de las ciudades griegas, con disposición muy artística y de gran utilidad.

En plataforma elevada algunos peldaños sobre el piso general de la plaza, proporcionaban estos pórticos lugar conveniente para las ocupaciones más tranquilas y las discusiones políticas ó científicas, y en muchas ocasiones estaban constituídos por una fila de columnas y un muro paralelo á la misma, cuyo paramento presentaba una gran superficie plana muy á propósito para ser decorada con pinturas ó bajorrelieves representativos de hechos históricos y constituyendo verdaderos museos para la enseñanza del pueblo.

Así se veían representados en el de la plaza del Mercado, de Atenas, la batalla de Œnoé, el combate de los atenienses contra las amazonas, la destrucción de Troya y la batalla de Maratón, y de aquí su nombre de στοά ποικίλη.

Á veces, al otro lado del dicho muro se disponía otra fila de columnas, resultando un doble pórtico, στοά διπλῆ, como el del mercado de *Elis*.

Véase, pues, cómo el Arte tenía un trono en la calle griega, y lo tenía en todas sus manifestaciones; porque, además de las arquitecturales, escultóricas y pictóricas, sabido es que públicamente, en medio de la plaza, se verificaban los juegos ó certámenes poéticos y los concursos musicales.

Roma copió en todo á Grecia, y reflejo del ἀγορά griego es el *Forum* romano, semejante á aquél, llenando casi los mismos fines, creado, perfeccionado y adornado paulatinamente con las más bellas producciones artísticas de la poderosa nación, soberana un día de todo el mundo conocido.

Era también el *Forum* corazón de la ciudad, centro de diversiones públicas, de negocios y placeres, lugar de paseo y reunión, y encerraba en su seno cuanto ha hecho grande á la Roma de Augusto, siendo el símbolo más perfecto de la fastuosa vida romana.

Templos, termas, teatros y circos, curias, basílicas y *chalcidici* le limitaban, circundándole magníficas galerías de dos pisos, de los cuales las mujeres ocupaban el superior, mientras que por el inferior paseaban los elegantes sus togas artísticamente plegadas, y los mercaderes acudían á las tiendas de los cambiantes (*argentarii*) ó se aglomeraban en los *calcídicos*

En el centro ocupaban determinados sitios: el *Comitium*, lugar destinado á los comicios de Centuria ó á la vista y juicio de los procesos jurídicos; la antigua tribuna, ó *Rostra vetera*, desde donde los oradores dirigían su voz al pue-

blo, y así llamada por estar adornada con las proas ó espolones (*rostra*) de los navíos aprehendidos en la guerra latina; la *Græcostasis*, ó edificio destinado á los embajadores de naciones extranjeras; y, finalmente, allí se veían arcos de triunfo, estatuas y la columna miliar (*milliarium aureum*), mandada construir por Augusto como centro del Imperio romano.

También en Roma reina el Arte en la calle con gran riqueza y refinado lujo, como nos lo demuestran, además de los escritos de los historiadores y las prescripciones de Vitrubio, las grandiosas ruinas que de aquella civilización han llegado hasta nosotros.

En la *Edad Media*, si bien la calle desde el punto de vista higiénico dejaba bastante que desear, ostentaba muy notables casas particulares y numerosos detalles artísticos, tales como fuentes, pozos con preciosas armazones de hierro y verjas, rollos, cruces y otros monumentos religiosos.

Los edificios públicos se manifestaban con fachadas suntuosamente adornadas y con porches y escalinatas que realzaban su belleza, descollando entre todos la *Catedral*, á cuyo exterior parece que se quiso llevar la mayor y más rica ornamentación, para admirar al pueblo, educarle en el Arte é imponerle en los misterios de la Fe.

Cada fachada de catedral es un hermoso poema simbólico de piedra, del cual son cantos sus diferentes cuerpos y portadas, y estrofas sus detalles, en maravilloso conjunto que sorprende y cautiva obligando á la meditación. No; ¡allí no se ha hecho el Arte por el Arte! La misión de éste es más elevada: canción en loor de la Divinidad, recuerdo perdurable de las verdades eternas, plegaria perenne que desde el suelo, de donde arranca con firmes

macizos inquebrantables como la Fe, se eleva, haciéndose cada vez más delicada, y se dirige hacia arriba, sutilizándose en los gabletes y caladas cresterías, para salir por los agudos pináculos que convergen hacia el cielo.

Y esto, no dentro del templo, sino en la calle, al alcance de todos, creyentes é incrédulos, para confirmar y sostener la Fe de los primeros y obligar á los segundos, con la contemplación de su masa y de su belleza, á sentir hondo y pensar alto.

Considerada ahora desde otro punto de vista, la fachada de la catedral ojival es la biblioteca del pueblo, que lee en ella las historias del Antiguo y Nuevo Testamento, los dogmas de la religión y, á veces, sus gloriosas tradiciones; y es también artístico museo, donde el obrero estudia y el artista se inspira.

Y ved cómo, tanto el sensualismo pagano cuanto el misticismo cristiano, llevaron los prestigios del Arte á la calle para ejemplo y enseñanza del pueblo; y por qué es lógico que en los tiempos modernos continuemos tales ejemplos y enseñanzas, ya que alardeamos de intelectuales y de prácticos.

Así precisa ahora hacerlo, tanto más cuanto que durante un largo período de tiempo no se ha tenido ese cuidado y el Arte en la calle brillaba por su ausencia, limitándose sólo á satisfacer las necesidades materiales en la forma más sencilla y escueta. Ni ornatos, ni aun proporciones en las fachadas, ni estatuas, ni monumentos, ni detalle alguno artístico; todo era pobre, mezquino, simplemente utilitario en dicho período, y apenas si en la puerta del palacio de algún prócer surgía una llamarada genial, si bien de dudoso gusto.

Después, la mayor facilidad para los viajes, la afición despertada por los estudios de la antigüedad y las revoluciones políticas que, tras angustiosos sucesos, renovaron ideas, condujeron á pensar en dar goces al espíritu; y, volviendo los ojos al Arte, éste fué poco á poco tomando posesión de su antiguo feudo y empezó nuevamente á adquirir refulgente brillo, notándose al presente una corriente á su favor cada vez más acentuada y motivada quizás por otra causa.

En el orden moral y en el material, en la naturaleza y en la región del pensamiento, se tiende siempre al equilibrio; y así, cuando ideas de un orden determinado tratan de predominar, vienen las del contrario á contrarrestar su influencia; si por todos los medios se procura el bienestar material y se consigue, se siente la necesidad de atender al del espíritu por el de la belleza artística.

Hoy las nuevas aplicaciones de los descubrimientos científicos han venido á prestar grandes servicios á la humanidad; y las máquinas, antes recluídas en los talleres, han tomado posesión de la calle, invadiéndola con múltiples accesorios y rudas formas obtenidas por el cálculo y no siempre agradables á la vista.

Preciso es que todas estas partes, que integran la satisfacción de materiales necesidades, se informen en un espíritu artístico, y que el Arte venga á embellecerlas, cubriendo la desnudez de lo simplemente útil con el manto de lo bello, ya en cumplimiento del sabio precepto de Horacio, ya también porque no sólo de pan vive el hombre que, compuesto de alma y cuerpo, necesita para vivir de dos alimentos: el material y el espiritual.

Dicho queda cómo y por qué la calle moderna, desde

su trazado hasta el más pequeño detalle de urbanización, nos ofrece vasto campo para dar al pueblo ese alimento del espíritu, y nuestro nuevo compañero nos lo ha demostrado elocuentemente en su brillante discurso; mas, al hablar de lo moderno, no debe de entenderse desprecio de lo antiguo, pues precisamente en la calle existe algo de otras épocas que ha de respetarse y aun ser tomado como base de mejoras.

Los antiguos monumentos nunca deben sacrificarse á las exigencias de la viabilidad ó del aspecto, sino que, por el contrario, habrán de ser puntos obligados para los trazados, procurando realzarlos, darles buenos puntos de vista y conservarlos cuidadosamente, de modo que en la unión de lo antiguo con lo moderno se obtenga un conjunto artístico.

Así lo han entendido buen número de artistas, y por esto han promovido la reunión de Congresos y formación de Sociedades, cuyo objeto es procurar que se revista de forma artística cuanto con la calle moderna se relaciona, devolviendo al Arte su antigua misión social de aplicarle á la idea moderna en todo lo que sea del dominio público.

Y esta excelente obra, realizada ya en Bélgica y en vías de realizarse en Francia y en otras naciones, puede implantarse en España con buena voluntad por parte de todos, teniendo en cuenta que la restauración del Arte en la calle es también una obra moralizadora.

El pueblo propende al Arte porque en él encuentra placer, cifra en él su orgullo nacional y por él mide la cultura de su país. El verdadero artista es popular porque el Arte hace sentir al corazón, excitando unas veces el ardor

patriótico y la admiración por los hechos heroicos, enterneciéndole otras por la piedad y encantándole siempre por la belleza, resultado de la armonía de líneas, colores ó sonidos. Con tal predisposición por parte del pueblo para recibir las impresiones artísticas, evidente es que, adquiriéndolas por los sentidos é infiltrándose en su inteligencia, llegan al corazón y producen sentimientos.

La belleza de un edificio, por ejemplo, da idea de la dignidad de su objeto.

La vista de esas soberbias catedrales medioevales, los más importantes monumentos producidos por el genio humano, elevan el alma, como hemos visto, llevándola á la contemplación de las verdades eternas y al convencimiento de que una religión inspiradora de tan sublimes obras tiene que ser sublime; la artística disposición de las construcciones destinadas á los fines comunes de la sociedad atrae al ciudadano y le predispone favorablemente al trabajo en bien de la comunidad; la hermosura de la casa-habitación hace amar la vida del hogar y regocija á la familia. Así también la belleza de la calle presta cierto encanto á la vida pública y excita á la sociabilidad y al general contento.

Demos, pues, Arte al pueblo para despertar en él ideas grandes, sentimientos generosos y buenas costumbres; pongámosle á la vista ejemplos que le ennoblezcan, saturando de Arte la atmósfera que respira. La Arquitectura, la Escultura y la Pintura le hablarán por los ojos; la Música y la Poesía por los oídos; y, acostumbrado desde la infancia á recibir y á aprovechar las impresiones artísticas por medio de elementales enseñanzas en la escuela, como tan oportunamente indica en su discurso el Sr. Urioste,

procuremos que continúe luego percibiéndolas, y se conseguirá apartarle del mal.

No me cansaré de repetirlo, aunque ahora lo hago con el temor de seros pesado: en vez de dar al pueblo, como en la decadente Roma, *panem et circenses*, es decir, alimento para el cuerpo y distracción productora de malas pasiones, démosle hoy, sí, el sustento del cuerpo, restaurador de las fuerzas físicas; pero también ese incentivo del alma, generador de sentimientos elevados: *Pan y Arte.*

He concluído, señores, pues no quiero fatigar por más tiempo la benévola atención con que me habéis honrado y que tanto os agradezco; mas, para que algo bueno tenga mi discurso, permitid que añada estas palabras, con el fin de dirigir el más cariñoso saludo de bienvenida al distinguido y querido compañero que hoy comienza á compartir nuestras tareas.

He dicho.